



BOLETIN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE BOGOTÁ

LITURGIA.

DE LA PROCESION DEL SMO. SACRAMENTO.

(Continuacion.)

Si sobre la colocacion ó sitio que les corresponde llevar en la procesion se moviese entre algunas cofradias en el acto alguna contienda ó cuestion de precedencia, no obstante haberse fijado con oportunidad la tabla ó lista de que hablamos en el n.º 6 de este artículo, ocupará cada una de ellas el lugar que se les hubo designado en dicha lista, ó el que se les señale por el Prelado, ó por el superior local, sin perjuicio de sus respectivos derechos, y sin que por este acto se entienda prejuzgar cuestion alguna de las que tuvieren que deducir en el tribunal de justicia; ó en otro caso se retirará de la procesion la que no se aquietare con esta prudente determinacion. Las cofradias llevarán tambien sus insignias y estandartes, si fuere costumbre reci-

bida, y tambien podrán llevar las imágenes de sus santos patronos, autorizadas por esta misma costumbre donde la hubiere (1), y los cofrades irán todos con antorchas en las manos.

12. Despues de las cofradias, marcharán las órdenes religiosas con sus cruces en el respectivo lugar que la antigüedad, ó la costumbre, ó privilegio les tuviere señalado: sigue luego el clero secular, y en primer lugar el del seminario, (declaracion de la S. Cong. de Ritos, año de 1607)

(1) Decimos en el testo que las cofradias pueden llevar las imágenes de sus santos patronos, si lo tuviese autorizado la costumbre. Sabemos que sobre este punto están divididas las opiniones de los Litúrgicos: sabemos tambien que la mayor parte de estos fundados en muy poderosas razones sostiene la negativa, pero por otra parte hallamos tan generalizada esta costumbre y data ella de tan respetable antigüedad; ademas son tan fundadas y atendibles las razones en que se apoyan los que la sostienen, que no nos atrevemos á censurarla ni á considerarla como un abuso, donde quiera que se venga de antiguo observando. Lo que si nos permitiremos en este punto advertir es, que no deben llevarse dos imágenes de un mismo santo, bien que pueden llevarse de diferentes misterios de Jesucristo y de la Virgen, ni cubrirlas de dijes y adornos profanos, muy impropios para los santos misterios que representan.

Después el de las parroquias guardando entre sí el orden de antigüedad ó dignidad de parroquias, ó el que la costumbre ó el derecho tuviere establecido; si hay clérigos que no tengan dependencia de alguna parroquia ni formen cuerpo ó cabildo con los demás que están agregados al servicio de ella, irán delante del clero parroquial. Este, según costumbre, podrá llevar su respectiva cruz al frente, pero sin manga ó velo, porque esto es propio solamente de los Regulares; y todos irán vestidos de sobrepelliz. Sigue luego bajo su insignia ó cruz el clero de las Colegiatas, vestidos sus individuos de hábito de coro y con capa pluvial, si están en posesión del derecho de usarla. En seguida marcha bajo de su cruz el clero catedral, primero los capellanes y beneficiados, luego los seis ú ocho beneficiados vestidos de capa pluvial que habrán llevado el pábulo hasta la puerta de la iglesia; y por último los canónigos y dignidades, aquellos según el orden de antigüedad y estos por el de la silla de su dignidad, todos vestidos de capa pluvial de color blanco, llevando todos, así como los demás del clero y órdenes religiosas, la cabeza descubierta y velas encendidas, los de la fila derecha en la mano derecha y los de la otra fila en la izquierda, de modo que las velas se lleven en la parte exterior de cada fila. Si no se lleva más cruz que la cruz catedral, irá el crucifera-rio con los dos acólitos cerofentarios delante de todo el clero secular. El maestro de ceremonias irá entre las filas, más ó menos cerca del celebrante, según lo requiera su ministerio de cuidar se conserve el orden en la procesion. El vicario general, si no es *de corpore capituli*, ocupará el lugar de

honor que le esté señalado según el ceremonial ó costumbre de cada iglesia. Los caperos ó cetereros van ordinariamente de dos en dos entre las filas, á los que siguen los clérigos que llevan los b'andones ó hachas, y á estos los turiferarios agitando continuamente los incensarios acompasadamente, cuidando de no volver la espalda al Santísimo, y llevando cada uno su naveta en la otra mano. (1) Marcha por último el celebrante debajo del pábulo en medio de los ministros que van levantando los extremos de la capa, el diácono con la mano izquierda y el subdiácono con la derecha, llevando la otra puesta sobre el pecho, y rezando con ellos salmos, himnos, ó cánticos en voz baja. Los cantores van también entre las dos filas delante de los caperos. (2) Los Prelados y las autoridades civiles van detrás del celebrante, llevando todos velas encendidas, y detrás de ellos y de la escolta de honor que suele acompañar la procesion donde hay fuerza militar, van las mugeres. El orden que deben guardar los que llevan el pábulo, si no hay otra costumbre en contrario, es que los más dignos tomen las varas delan-

(1) Es muy loable y conforme á las prescripciones de Benedicto XIII en el Concilio Romano la costumbre de ir cerca del Santísimo dos ó cuatro clérigos con faroles, pues así no hay tanto peligro de que por el camino llegue á faltar la luminaria. Entiéndese también que donde el Sacramento se lleva en carro triunfal, ó en hombros, el celebrante y los ministros van detrás de él en medio cerrando la procesion.

(2) Los cantores que fueron legos, quiere Merati con el ceremonial de Obispos lib. 2, cap. 16, núm. 45, que vayan delante de la cruz del clero: donde sucediere asistir muchas cofradías, muchas corporaciones y mucho clero con sus insignias y cruces, creemos haya esta de entenderse de modo que los cantores legos vayan delante de la cruz presidencial, ó de la cruz catedral; de otra suerte no sería fácil poder llevar uniformidad en el canto.

teras mas próximas al celebrante, el primero la de la derecha y el segundo la de la izquierda. Si llevan capas, dejan el pálio al salir de la puerta de la iglesia, y lo entregan á personas nobles ó magistrados que estarán ya avisados y preparados (Ceremon. lib. 2., cap. 33, núms. 5, 21), y ellos pasan á colocarse en sus puestos, detrás de los que no llevan capas, aunque sean estos mas antiguos, y delante de los caperos ó cetreros, si estos fuesen en las mismas filas.

(Se continuará.)

En el número anterior solo pudimos anunciar el horroroso y sacrilego asesinato cometido en la persona de Monseñor el Arzobispo de Paris, por un clérigo llamado Vergér. Hoy podemos enterar mas circunstanciadamente á nuestros lectores de aquel trágico suceso, que ha herido dolorosamente á toda la Iglesia. Las noticias biograficas de la ilustre victima dan una idea relevante de su talento y virtudes; y justifican bien el grande desconsuelo de la Iglesia de Paris al verse huérfana de su querido Pastor, muerto por una mano impía y alevosa. Con respecto al asesino Vergér, verán en él nuestros lectores al discípulo de esa escuela arrogante y soberbia que pone en tela de juicio los principios mas santos y los dogmas expresamente definidos; que se rebela con insolencia y cinismo contra el Gefe de los fieles, contra los príncipes de la Iglesia, contra los Monarcas y contra todos los que ejercen alguna autoridad. En efecto, la conducta y escritos de Vergér manifiestan que era un

apóstata de sus creencias y de su estado. ¡Ah! Desgraciada la sociedad que vé la frecuencia con que se repiten estos horribles crímenes y no sale de su letargo, para impedir con mano fuerte la predicacion de las doctrinas disolventes con que los apóstoles del error intentan destruir todo lo que hay de mas sagrado y respetable. Pero otra pluma mas autorizada que la nuestra vá á continuar estas tristes reflexiones. Es un interesante artículo del Sr. Pareja y Alircon, publicado en *El Faro Nacional*, el que vamos á transcribir. Despues hallarán nuestros lectores la pastoral del Cabildo metropolitano de Paris, y por último los principales pormenores relativos al mismo asunto.

«El génio del mal, que se goza en la sangre y el esterminio, y se complace en la ruina de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo sublime, de todo lo santo y augusto que existe en la tierra, ese infernal espíritu que atormenta sin cesar á la humanidad desde la deplorable prevaricacion del paraíso, acaba de lanzar el rayo de su venganza contra una victima tan ilustre y sagrada como inocente y pura, hiriendo á la vez con su rudo y desapiadado golpe, el corazon de la religiosa Francia, y el cuerpo místico de la Iglesia católica en uno de sus mas caracterizados y venerables Pastores.

Segun nos lo anunciaban los despachos telegráficos recibidos de la capital del vecino imperio, el sábio y virtuoso Arzobispo de Paris, Mons. Sibour, ha sido impiamente asesinado el dia 3 del corriente por un indigno eclesiástico á quien aquel Prelado habia prohibido por justas razo-

nes el ejercicio de su sagrado ministerio.

A la hora en que escribimos estas líneas, inspirados por un sentimiento de profundo dolor, se ignoran todavía los pormenores, antecedentes y circunstancias de este crimen espantoso; pero la sola noticia de su perpetración da suficiente motivo para tristísimas consideraciones al espíritu del filósofo, del criminalista y del político, y presta, por muchos conceptos, abundante materia de lágrimas á todo corazón verdaderamente católico.

Los que juzgais que nada interrumpe en su magestuosa carrera los progresos de la humanidad, porque todo lo sujeta á sus sábias leyes el génio que ha encadenado los rayos y salvado con el vapor y la electricidad las llanuras inmensas de los continentes y de los mares, vez en este terrible atentado la miseria y la perversidad del hombre, cuando el sentimiento de la virtud y la idea del deber no dirigen esa elevada inteligencia, creadora de tan portentosas maravillas.

Los que contemplais embelesados el magnífico panorama de la civilización europea, creyendo en vuestro orgullo insano que podreis formar un celestial paraíso de esta tierra de espinas, de lágrimas y de dolores, contemplad los negros borrones que tornan á veces esa pintura, que os parece encantadora, en un cuadro sombrío de desolación y de amargura.

Los que poseidos de un sentimiento entusiasta de filantropía, acusais de bárbaras y feroces á las legislaciones que conservan, para la expiación de los grandes crímenes, la terrible, pero necesaria, pena de los cadalsos,

fijad los ojos en los restos exánimes del príncipe del Episcopado francés, de ese modelo de caridad, de esa lumbrera de sabiduría: ved cómo ni la santidad de su carácter, ni la excelencia de sus virtudes, ni la elevación de su sagrado ministerio le han servido de escudo contra el golpe del vil asesino, y decidnos despues si son realizables los delirios de vuestra imaginación estraviada, á no entregar la sociedad al imperio terrorífico del puñal homicida.

Y no es por cierto este solo crimen, aunque trascendental y funeslísimo por sus caractéres y circunstancias, el que nos inspira las precedentes reflexiones.

Por mas que se pretenda probar que el infame atentado del día 3 es un hecho sin relacion con otros hechos análogos, que es el fruto de una venganza particular, ó el golpe de un momento de aberración y de locura (exculpación obligada de todos los grandes crímenes en esta época), nosotros no podemos menos de traer á la imaginación el recuerdo de maldades análogas, que, con dolorosa frecuencia, se cometen en nuestros días en la mayor parte de las naciones de la civilizada Europa.

Emperadores y reyes, príncipes y ministros, han visto brillar ante sus ojos el siniestro puñal de los asesinos en el espacio de pocos años.

El mismo Vicario de Jesucristo ha sido objeto de sacrílegas maquinaciones por parte de los que se apellidan adoradores de la religion santa del Crucificado: y ¿qué mas: hasta en la tierra clásica de la lealtad y del honor, hasta en el privilegiado suelo de la caballería y de la hidalguía, en la esclarecida pátria de los Cides, de

los Alfonsos y de los Guzmanes ha exhalado ya su emponzoñado aliento en un día de funestísimo recuerdo el monstruo pavoroso del regicidio.

¡Oh! Este conjunto de sucesos contemporáneos, esta fatal analogía de crímenes semejantes, aunque perpetrados en distintos lugares, bajo pretextos diversos, y contra diferentes personas, pero todas ellas augustas, ya por la magestad del cetro y la corona, ya por la santidad del báculo, de la mitra ó de la tiara pontificia, demuestran con harta elocuencia que existe, en medio de los admirables progresos de la civilización europea, una raza de seres perversos, que en sus tenebrosos conciliábulos han jurado guerra y esterminio contra todo principio de autoridad, contra toda idea de subordinación y de obediencia, así en el órden civil y político como en el moral y religioso.

Tal vez, y sin tal vez la civilización actual, atenta casi exclusivamente á los intereses materiales, y estendiendo sus brillantes conquistas por el campo risueño de las artes y de las industrias, marcha por sendas extraviadas cuando olvida en su arrogante orgullo que sin la idea del bien, sin el sentimiento y la práctica de la virtud, la sabiduría humana es *solo vanidad de vanidades, y aflicción de espíritu*, como nos lo enseña la *verdad eterna*.

Filósofos y políticos que presumis de sábios organizadores de las sociedades modernas, estudiad en estos sucesos elocuentes y en los caracteres de rebeldía, de orgullo, de incredulidad y de escepticismo que se descubren en ellos, cuales son los principios de verdadera sabiduría en que debéis fundar vuestras instituciones. En vano buscareis estos principios fuera del gran libro

que encierra todas sus santas máximas en el sentimiento de la *caridad*.

Legisladores y moralistas, jurisconsultos y magistrados, profesores y publicistas, meditaad en estas deplorables aberraciones del espíritu humano, cuáles son las mejores leyes, la ciencia mas sublime y la mas pura doctrina para guiar á los hombres y á los pueblos por la senda de su felicidad, y vereis que la filosofía evangélica es la única que tiene el privilegio de señalar á la triste humanidad el camino de la *verdad* y de la *vida*.

Mas ¡ay! que para que el suceso lamentable á que consagramos este tributo de nuestro dolor sea bajo todos aspectos aterrador y pavoroso, el asesino del inocente Arzobispo de Paris era un sacerdote del Señor, un ministro del Altísimo, un representante aunque indigno y miserable, del Dios de la caridad, del amor y de la misericordia! ¡Las manos que lanzaron contra el virtuoso Prelado el instrumento homicida, fueron alguna vez trono augusto de la Magestad de los cielos, que se abrieron á la voz de sus impuros labios para que descendiera á la tierra el Santo de los Santos.

¡Oh misterios profundos del corazón del hombre! ¡Oh secretos inescrutables designios de la permisión divina, ante los cuales se abisma y confunde la razón humana, sin poder explicar lo que vé ni lo que escucha!

El crimen es tanto mas espantoso, cuanto mayores eran, por un lado la santidad de la víctima, y por otro el carácter sacerdotal del infame asesino; mas no pretenda la impiedad deducir de esta última deplora-

ble circunstancia nada que amengüe la magestad y pureza del sacerdocio católico.

En esta ocasion diremos nosotros lo propio que dijimos escribiendo en este mismo periódico sobre el deplorable atentado del 2 de Febrero de 1852; por fortuna las iniquidades del indigno sacerdote no ofenden la pureza de la religion del Crucificado, ni empañan el lustre del santuario, ni rebajan el sagrado carácter de sus ministros.

La Iglesia de Dios no es menos santa por haber abrigado en su seno impíos como Lutero y Calvino, Pelagio y Juan de Huss, y otros hombres perversos que desgarraron sus piadosas entrañas con el furor de la herejia.

El apostolado, columna eterna de la fé y baluarte inespugnable de la doctrina de Jesucristo, no se manchó por la horrible traicion del infame Judas.

Séres tan perversos y corrompidos no pertenecen á la religion, no son de la sociedad; porque la sociedad y la religion los arrojan de su seno como inmunda escoria, que no puede jamás asimilarse en el crisol con el oro purísimo.

Un infame apóstata de la santidad sacerdotal ha teñido sus manos en la sangre del príncipe de la Iglesia de Francia; pero en cambio todo el clero francés, todo el sacerdocio católico alza en estos momentos sus manos suplicantes al cielo, y depositan sobre el ara sacrosanta la pura ofrenda de su oracion y de sus lagrimas, en desagravio de la justicia de Dios, y en demanda de paz y de bienaventuranza eterna para el alma de la esclarecida víctima.

La celestial antorcha del catolicismo no se oscurece ni se eclipsa por que pasen alguna vez estas siniestras nubes por delante de su disco resplandeciente.

Su luz purísima que ilumina á todos los tristes hijos de Adan, por miserables y pecadores que seamos, no se ofusca ni se empaña cuando se refleja sobre la frente de los malvados; así como tampoco se manchan los hermosos rayos del sol al derramar sus torrentes de claridad y de gloria sobre terrenos pantanosos ó lugares inmundos.

Lloremos por la sangre del justo; pero no se entibie el vigor de nuestra fé, ni se anuble la luz de nuestra esperanza.

Adoremos, como decia el poeta Byron, meditando sobre los misterios de la naturaleza, adoremos los profundos arcanos de la sabiduría del Altísimo, sin pedirle cuenta de sus obras ni de sus permisiones; y penetrados del verdadero espíritu de la caridad evangélica imploremos paz y ventura celestial para la victima, sin érrar el corazon á la misericordia para el alma del inhumano sacrificador, á pesar de la enormidad de su crimen.

Caiga sobre su impia frente la sangre del justo y el tremendo castigo de las leyes; pero hay en los cielos un mártir radiante de gloria que, á ejemplo del Salvador en la terrible escena del Gólgota, pedirá perdon en estos instantes supremos para el que fué su verdugo insano.

¡Grandeza y sublimidad portentosas del catolicismo, que no niega el dulce sentimiento de la caridad ni aun á sus propios enemigos!

¡Solo tú, divina religion, inspiras á las víctimas, injustamente in-

moladas, lágrimas de piedad para sus sacrificadores.»

He aquí la pastoral del Cabildo metropolitano de París.

«Queridos hermanos nuestros: Un grande crimen acaba de sembrar la consternación en la capital; una mano sacrilega ha herido mortalmente á nuestro piadoso arzobispo en el recinto mismo del templo, en medio de los homenajes que la piedad pública tributaba á la Patrona de París.

El cabildo metropolitano, unido á su Gefe con los lazos de la adhesión más filial, es el primero que se siente afectado con el golpe que tan dolorosamente ha contristado al clero y á los fieles de esta diócesis, ¡Ay! pocos días ha que en medio de nosotros celebraba el augusto aniversario del nacimiento del Salvador del mundo: ¿quién nos hubiera dicho que estas tiernas solemnidades serian seguidas tan presto del luto de nuestra Iglesia y que el primer pastor no volvería á comparecer en la basílica sino para recibir en ella nuestras lágrimas y oraciones sobre su sepulcro?

Lo que pone el colmo á nuestra aflicción, queridos hermanos nuestros, es que el autor de tan execrable atentado ha salido de las filas de la tribu santa. Para que nuestro dolor no sea inconsolable, forzoso nos es recordar que aquí él no tiene del sacerdocio más que un carácter deshonrado por el escándalo y un nombre marcado con las legítimas reprobaciones de la autoridad, *nihil habens dignum sacerdotio* (2. Mach. IV, 25); sobre todo, nos es necesario creer, con la razón pública, que en este horrendo asesinato del más manso de los pontífices y que no podía tener enemigos, debemos, si

ser puede, más lástima á la locura que horror al atentado.

¡Lamentable destino el de la Iglesia de París! Hace ocho años que un obispo, cuyo nombre ha venido á ser una de las mayores glorias de la Francia y del sacerdocio, recibía violenta muerte en nuestras calles ensangrentadas por pasiones fratricidas. Hoy el sucesor de sus virtudes y de su autoridad, muere de una puñalada asestada por un asesino, á vista de Jesucristo y al pie de los altares. El dolor que todos experimentamos al perder á Mons. Affre, de imperecedera memoria, llevaba consigo su consuelo en la grandeza y heroísmo del martirio; pero hoy ¿quién nos consolará de una muerte que ninguna causa generosa reclamaba? ¡Ah! ya lo sabemos: el recuerdo de su predecesor estaba siempre presente en el ánimo del Pontífice á quien lloramos, y como ponía su gloria en imitar su vida, hubiera tenido á gran dicha imitar su muerte é inmolarse por su grey, si la caridad hubiese exigido un nuevo sacrificio. Si tan presto habíamos de perderle, ¿por qué una sangre tan noble habra sido derramada sin ventaja para la Religión y solo para el triunfo del crimen?

Lloremos pues, queridos hermanos nuestros, lloremos y oremos al mismo tiempo, y sean nuestras oraciones y nuestras lágrimas el último homenaje de nuestro afecto á una memoria que siempre nos será tan querida.

Lloremos los altares de Jesucristo profanados por el asesinato de su pontífice, la fiesta de la Patrona de París interrumpida por un patri idio, y una grande Iglesia repentinamente viuda de su Pastor; lloremos sobre todo una vida, que parecia prometer largos

años, tan cruelmente arrebatada á la abnegacion del celo y á las esperanzas de la Religion.

Roguemos al *Príncipe de los Pastores* para que sea misericordioso con nuestro obispo, y acepte su sangre y nuestras lágrimas para purificarle de las manchas que la humana fragilidad deja sobre las vidas mas santas, y que corone en él con la bienaventuranza del escogido los trabajos, la piedad y las virtudes del apóstol.

Por estas causas, investidos por los santos cánones y las constituciones de la Iglesia del derecho y del deber de proveer á la administracion de la diócesis, nos hemos reunido en cabildo el 5 de enero, y despues de haber implorado las luces del Espíritu Santo y la poderosa intercesion de María, patrona de la diócesis, hemos nombrado é instituido vicarios generales capitulares á los señores Bouquet, con el título de arcediano de Nuestra Señora; Surat, con el título de arcediano de Santa Genoveva; Darboy, con el título de arcediano de S. Dionisio.

Sentimos en el alma que la salud gravemente alterada del Ilmo. señor obispo de Trípoli (es el sobrino y obispo auxiliar del difunto arzobispo) no permita colocarle al frente de la administracion diocesana durante la vacante de la Silla.

Nos habríamos complacido en dar á este digno prelado este testimonio de veneracion y de confianza, y á la memoria de nuestro difunto arzobispo esta prueba mas de nuestro filial afecto; sin embargo, queriendo en cuanto está de nuestra parte, honrar la persona del Ilmo. señor obispo de Trípoli, le conferimos los poderes de vicario general.

Y conforme á lo acordado en cabildo de hoy, hemos mandado y mandamos lo siguiente:

Art. 1.º En todas las Iglesias de la Diócesis se celebrará una misa solemne, precedida la víspera de las Vísperas y Vigilia por el alma del Ilmo. y Rmo. Padre en Dios, Mons. María Augusto SIBOUR, arzobispo de París.

Art. 2.º Desde la publicacion de la presente circular hasta el dia de las exequias del señor arzobispo, todos los sacerdotes que celebren misa en la diócesis dirán en ella la colecta *Deus, qui inter apostolicos sacerdotes*, con la secreta y Post-communio de la misa *in die obitus Pontificis*.

Art. 3.º Las exequias se celebrarán el martes 13 (1) de Enero en la iglesia metropolitana.—La campana grande de la catedral y todas las campanas de las parroquias anunciarán la ceremonia la víspera á las siete de la noche y el dia á las siete de la mañana.—Posteriormente se comunicarán á los señores curas los pormenores y hora de la ceremonia.

Art. 4.º La Iglesia parroquial de San Estéban del Monte, donde se cometió el crimen que nos ha privado de nuestro arzobispo, cerrada con arreglo á las prescripciones de la Iglesia, será reconciliada solemnemente al otro dia de las exequias, 14 de Enero, segun el ceremonial publicado y que se comunicará al clero.

Art. 5.º El cabildo metropolitano y el clero de la parroquia de la catedral irán á la Capilla ardente (ó túmulo) donde está depositado el cuerpo del señor arzobispo el miércoles 7 al

(1) Por otra circular posterior acordó el cabildo adelantar el dia de las exequias y el de la reconciliacion, señalando para aquellas el dia 10 y para esta el 12. Mañana la insertaremos así como el programa para ambos actos = N. del C.

medio día para echar el *Asperges* y cantar el *de profundis*.—Las parroquias de París y las comunidades eclesiásticas irán también á efectuar lo mismo en los días y horas que se marcan en la nota adjunta á la siguiente circular, la cual, luego que se reciba, será leída ante los eclesiásticos de cada parroquia reunidos en la casa rectoral, publicada en la misa parroquial el domingo próximo y leída en todas las comunidades eclesiásticas y religiosas y en todas las capillas de los establecimientos situados en esta diócesis.

Dada en París, firmada por cada uno de nosotros, sellada con el sello del cabildo y refrendada por nuestro secretario, el día 3 de Enero de 1857.

—*Tresvoux*, canónigo; *Frere*, canónigo; *Molinier*, canónigo; *Mourdin*, canónigo; *Eglee*, canónigo; *Gaume*, canónigo; *Ravinet*, canónigo; *Jammes*, canónigo; *Bonnafous*, canónigo; *De-doue*, canónigo; *Le Courtier*, canónigo; *Deplace*, canónigo; *Demerson*, canónigo; *Cayla*, canónigo; *Lequeux*, canónigo; (1)...—De orden del cabildo metropolitano, *Ravinet*, canónigo secretario.»

(Sigue la nota en que se marca la hora y día en que deben de ir las parroquias y comunidades eclesiásticas al palacio arzobispal á echar el responso ante el túmulo donde está el cadáver del difunto arzobispo.)

Los periódicos de Francia han publicado las siguientes noticias biográficas de Mons. Sibour, arzobispo de París:

«*María Domingo Augusto Sibour*, nació en Saint-Paul-Trois-Chateaux

(1) El señor canónigo *Dumarsais* no ha podido tomar parte en la deliberación por hallarse enfermo en su casa.

(Drome) el 4 de Abril de 1792 de una familia de la clase media. Su padre, habiéndose dedicado al comercio estableció en Pont-Saint-Espirit (Gards) una casa que existe aun y prospera bajo la dirección del hermano mayor del arzobispo.

»M. Sibour hizo sus primeros estudios bajo la dirección del abate Ran, quien los trastornos producidos por la revolución llevaron á Pont-Saint-Espirit, despues de lo cual fué elegido por M. Fontanes para rector de la academia de Bruselas.

»El estudiante dió tempranas muestras de su vocacion para la carrera eclesiástica, y siguiendo su impulso, fué al gran seminario de Viviers á estudiar filosofía y teología; estudios que concluyó en el seminario de Avignon. A los 18 años habia concluido Mons. Sibour los estudios ordinarios de teología; pero le faltaban algunos para poder ser presbítero. Entonces fué á París con el doble objeto de dar mas ensanche á sus conocimientos en ciencias eclesiásticas, y dedicarse al mismo tiempo al estudio de las letras, para el cual estaba dotado de no pequeña afición y de muy buen gusto.

»Su talento reconocido y apreciado por el superior del Seminario de San Nicolás del Chardonnet fué causa de que le llamaran, aunque jóven y extraño, á desempeñar la cátedra de retórica en este establecimiento dirigido entonces por el abate Costret.

»Vinieron los desastres de 1814; M. Sibour se ausentó de París y fué á Roma con el fin de continuar allí sus estudios, y conocer mas á fondo los deberes de su vocacion eclesiástica. Despues de un año de permanencia recibió allí la investidura sacerdotal,

y volvió á Francia para que dispusieran de él sus superiores.

»Primero ejerció su santo ministerio en Paris, en donde fué Vicario de San Sulpicio; Vicario de las misiones extranjeras y limosnero de un colegio Real.

»En 1824, habiendo sido nombrado M. de Charry obispo de Nimes, conoció en Paris al abate Sibour, y deseando vivamente atraérselo, le nombró canónigo de su catedral, destinándolo especialmente á la predicación.

»En 1831 tomó parte M. Sibour en la redacción del diario titulado *L'Avenir* y en 1840 fué elevado por el rey Luis Felipe al obispado de Digne.

»M. Sibour dió principio en su diócesis de Digne á una reforma disciplinaria, cuyo objeto era dar al clero de segundo órden las garantías que, á su parecer, necesitaba.

»El prelado trató de esta materia y desarrolló todos sus planes en dos volúmenes que se titulan *Instituciones diocesanas*.

»En 1848 fué llamado por el general Cavaignac al arzobispado de Paris y nombrado arzobispo ocho dias despues de la heroica muerte de su ilustre predecesor.

»M. Sibour ha sido prelado por espacio de 17 años: ocho de ellos como obispo de Digne y los nueve últimos como arzobispo de Paris.»

He aquí la relacion del asesinato publicada en la Gaceta de los Tribunales:

«Un horrible crimen ha esparcido hoy el dolor y la consternacion en todos los ánimos. Monseñor el Arzo-

bispo de Paris ha sido asesinado en el momento en que cumplia con los deberes de su ministerio, en la iglesia de *Saint Etienne du Mont*.

Era, hoy sábado 3 de enero, el dia de la fiesta de Santa Genoveva, en que comienzan los ejercicios de la novena que se celebra anualmente en *Saint-Etienne-du-Mont* en honor de la Patrona de Paris. El señor Arzobispo habia, segun su costumbre, presidido estas ceremonias. A las cuatro, en el momento en que la procesion avanzaba por la nave de la iglesia, un hombre vestido con una levita negra salió bruscamente de entre la multitud que se inclinaba, y lanzándose sobre el Prelado, levantó con una mano sus hábitos sacerdotales y le hirió con la otra en el corazon, con un cuchillo catalan. El movimiento del asesino habia sido tan rápido, que fué imposible impedir la ejecucion de su crimen, y el infeliz Prelado cayó espirante en los brazos de los sacerdotes que le rodeaban.

El asesino se dejó prender sin resistencia y entregó él mismo á uno de los que le sujetaban, el arma ensangrentada.

Condujeron al señor Arzobispo inmediatamente á la sacristia, pero los cuidados que se le prodigaron fueron inútiles, porque el Prelado ya no existia. El puñal habia penetrado hasta el corazon.

El asesino fué al momento conducido á la *mairie*, en medio de las imprecaciones que arrancó á la multitud tan sacrilego crimen.

Tan luego como llegó el aviso, el procurador imperial de Cordoen, el sustituto M. Moignon y el juez de instruccion Treilhard, se constituyeron en el lugar del crimen y empe-

zó la sumaria. El asesino respondió con calma á cuantas preguntas se le dirigieron. Es presbítero, se llama Verger y cuenta 32 años de edad. Agregado como simple presbítero á la parroquia de *Saint Germain l' Auxerrois*, perteneció despues á la diócesis de Meaux, como ecónomo en Melun. Muchas veces habia sufrido reconvenciones de sus superiores y se le habia suspendido en el ejercicio de sus funciones por un sermón en que atacaba violentamente al dogma de la Inmaculada Concepcion. Habiendo acudido en contra de esta suspension ante la jurisdiccion metropolitana, esta se vió precisada á sostener la interdiccion. Despues de esta época, Verger se señaló por otros actos que llamaron sobre él la atencion de la autoridad judicial.

Presentado como testigo ante el tribunal de los Assises de Seine et-Marne, en un negocio de envenenamiento de un marido contra su mujer, habia aceptado la defensa del acusado con inesplicable vehemencia, y publicado despues de la condenacion varias memorias en que atacaba de una manera injuriosa á los jurados y jueces que habian intervenido en el negocio.

Preguntado acerca de los motivos de su crimen, respondió, que no tenia ninguna clase de aborrecimiento personal contra el Arzobispo; que habia querido al cometerlo, protestar contra el dogma de la Inmaculada Concepcion, y despues de muchas réplicas, gritó con exaltacion creciente: «¡Nada de diosas!» (*pas de deese!*), declaró que habia comprado ayer el cuchillo con que iba armado, y negó que hubiese venido á la iglesia

de *Saint-Etienne-du-Mont* con intencion decidida de asesinar al Prelado.

En vista de sus respuestas, y sobre todo, de su actitud inesplicable despues de tal suceso, se ocurre preguntar si este hombre ha tenido la costumbre de su crimen.

Un momento despues, al terminar el interrogatorio, y ponderándole la enormidad de su delito, exclamó: «Sí, es horroroso,» y de sus ojos se desprendieron algunas lágrimas. Despues pidió un *Nuevo testamento*, diciendo que lo necesitaria para aquella noche.

Verger ha sido conducido á la consergería, donde se le guarda con centinelas de vista.»

Hasta aquí la *Gaceta de los tribunales*.

Al exhalar el virtuoso Prelado su postrimer suspiro, pronunció esta palabra digna de un mártir: ¡oh desgraciado! Esta espresion admirable manifiesta que la última palabra de la víctima fué una palabra de caridad y de perdón para su asesino. El ilustre Arzobispo que habia dado durante su vida tan altos ejemplos de virtudes apostólicas y de piadosos sentimientos, murió con el valor del justo, con la heroicidad del mártir de la fé de Jesucristo.

El cadáver de Mons. Sibour fué conducido al presbiterio del cura de *Saint-Etienne-du-Mont*, y colocado sobre un colchon en la sala. Las facciones del venerable Arzobispo, que en cierto modo fue muerto como por un rayo, no se alteraron lo mas mínimo. Si no se hubiese sabido lo que acababa de ocurrir, no se habria podi-

do creer que la muerte habia helado para siempre aquel corazon generoso.

La familia de Mons. Sibour y sus numerosos amigos se apresuraron á acudir al sitio en que se hallaba depositado. Es preciso renunciar á describir las escenas desgarradoras que ha habido junto al cadáver. Por la noche circuló en Paris la fatal noticia, y todos quedaron helados de espanto al saber esa catástrofe terrible. En 1848 sucumbia un Arzobispo de Paris, victima y mártir de su abnegacion. En 1857 es asesinado su sucesor en una iglesia; ambos son heridos en el ejercicio de sus divinas funciones, y mueren revestidos del traje sacerdotal.

El dia 3 por la tarde fué conducido el cadáver al palacio del arzobispado. El 4 fué embalsamado y el 5 expuesto con la pompa de costumbre en la capilla ardente que se habia erigido en uno de los cuatro salones del piso bajo. Todas las piezas de este piso estaban cubiertas de negro, y de trecho en trecho se veian los escudos de armas de la ilustre víctima.

Los escudos tenian por divisa estas palabras que la vida del digno Prelado no dejó de realizar: *Major autem horum est charitas*: la caridad es su primera virtud.

El cadáver con sus hábitos sacerdotales estaba colocado en un vasto lecho colgado de negro y saten color de violeta. Las tintas sombrías, los numerosos cirios que proyectaban una luz oscilante; los sacerdotes que recitaban el oficio de difuntos de rodillas delante de dos altares colocados á la derecha é izquierda del túmulo; todo contribuia á dar á aquella capilla un aspecto fúnebre á la par que im-

nente. Hacia pocos dias que el piadoso Arzobispo habia manifestado su deseo de que cuando estuviese expuesto de cuerpo presente se le pusiera la misma mitra que llevaba en el acto solemne en que Su Santidad hizo la declaracion dogmática del misterio de la Inmaculada Concepcion; y en efecto el gentío inmenso que ocupaba constantemente la capilla ardente veia en la cabeza del ilustre mártir aquella preciosa y blanca mitra.

Un sacerdote estaba ocupado constantemente en recibir las medallas, reliquias, pañuelos y otros objetos que le entregaban los fieles para que las tocase á la herida del Prelado.

Fué preciso participar el terrible acontecimiento al Obispo de Trípoli, pariente de Mons. Sibour que estaba hacia mucho tiempo, gravemente enfermo. Hubo en este incidente una cosa que conmueve. Mons. Sibour habia prometido á su pariente ir á hacerle una exhortacion religiosa despues de decir su misa en la mañana del domingo, y llevarle al propio tiempo un rosario que habia tocado al sepulcro de Santa Genoveva, en la iglesia de Saint-Etienne-du-Mont; durante toda la mañana, el enfermo aguardó en vano á su respetable pariente. Al fin hubo precision de decírsele todo, y el efecto fue terrible.

La Emperatriz pasó el dia 4 en su oratorio. Todas las recepciones que debian verificarse en palacio fueron suspendidas.

Todo Paris ofrecia el espectáculo de un duelo público. Aquel cruel asesinato cometido en la persona de un Prelado tan virtuoso y tan querido produjo en toda la ciudad una emocion tristisima.

En las puertas de la Iglesia de S. Esteban se leía el siguiente cartel: «Habiendo sido monseñor el Arzobispo herido mortalmente por una mano sacrílega en la iglesia de S. Esteban del Monte, hoy á las cinco de la tarde, la iglesia permanecerá en entre dicho hasta la celebracion de la ceremonia espiatoria, que será ordenada para mas adelante.» La misma Iglesia fué cubierta enteramente de negro.

En las demas, no obstante la solemnidad del Domingo, solo se dijeron misas rezadas y á la conclusion todo el clero recitaba los salmos penitenciales. Los púlpitos estaban cubiertos con paños negros, y no se oía en la cátedra del Espíritu Santo la palabra divina: el dolor tenía mudos á los ministros del Altísimo. En fin el espectáculo que ofrecia París era verdaderamente lúgubre.

Hiciéronse los preparativos para que las exequias fúnebres comenzaran el dia diez á las ocho y media de la mañana en el palacio arzobispal calle de Grenelle-San-German, en cuyas cercanias fueron sucesivamente reuniéndose el clero, vicarios generales y capitulares y canónigos titulares de la iglesia de Paris, las tropas, las diputaciones provinciales, militares y civiles, y los carruajes que debian acompañar el convoy.

El Sr. Lecoutier, cura de Nuestra Señora de Paris, los vicarios generales y los canónigos honorarios procedieron á la hora señalada, y observando el ceremonial religioso prescrito, á levantar el cuerpo, que fué colocado en seguida sobre un carro fúnebre. Despues se puso en marcha el acompañamiento de la manera siguiente:—Un destacamento de guar-

dias de Paris formaba la vanguardia.— Despues seguian:—La orquesta de las Guías.—Un escuadron de las mismas.—Un batallon de gendarmeria de la guardia con zapadores y cajas enlutadas.—Un batallon del sétimo regimiento de línea con zapadores y cajas enlutadas.—Seis carruajes de luto en los cuales iba el clero metropolitano.—Venian despues los sacerdotes que llevaban las insignias del arzobispo. Seguiales el carro fúnebre, tirado por seis caballos ricamente enjaezados, y rodeado de ocho picadores á caballo y que marchaban en medio de un cuadro formado por soldados del regimiento de línea núm. 20. En lo alto del carro se alzaba una gran cruz de plata.—Los curas de San Roque, de San Esteban del Monte, de San Valerio y de San Agustin, llevaban las cintas que pendian del ataud.—Detrás de este venian una larga fila de elevados personajes, cuyo número se elevaba á cerca de mil, la compañía de salvadores de Francia, de que era presidente el arzobispo, é infinidad de religiosas que seguian á pié el convoy.—En seguida marchaba un coche de corte, precedido por el del arzobispo y seguido de el del príncipe Gerónimo, de otros doce de duelo y otros diez particulares.—Cerraban, por fin, la marcha varios destacamentos de línea de guardias de Paris.

El convoy recorrió el itinerario señalado á través del inmenso gentío pasando las calles de Grenelle y Bour-gagne, la plaza del Palais-Bourbon, calle del Puente Nuevo, Orfevres y Notre-Dame.

En la iglesia metropolitana, habian trabajado los operarios de la administracion de funciones fúnebres, encargados bajo la direccion del abate Eglée, canónigo titular y maestro de ceremo-

nias, de disponer las decoraciones necesarias. La iglesia se hallaba completamente cubierta de paños negros bordados de plata. Estos paños subían hasta las tribunas, se hallaban cortados por dos frisos, y levantados cerca de cada pilar de la nave para que los asistentes pudieran ver el interior de la misma.—Delante del coro se elevaba un rico catafalco, sobre el cual pendía un inmenso manto negro con franjas de armiño sembradas de estrellas negras. Los cuatro ángulos del catafalco estaban ocupados por otras tantas figuras alegóricas que representaban la Religión y las tres virtudes teologales.—A cada lado de la cruz del templo se habían levantado dos tribunas destinadas á la familia del prelado y á los cuerpos constituidos.

A las nueve ocuparon la iglesia los señores canónigos prebendados y honorarios, los curas, los limosneros vicarios de las parroquias de la diócesis, los superiores, directores y discípulos del gran seminario diocesano y los individuos de las diversas comunidades eclesiásticas que se habían dirigido á Nuestra Señora, según les había sido prescrito.—Después llegaron sucesivamente en coche las diputaciones de los cuerpos constituidos, de los tribunales, de la escuela de medicina y de los cuerpos sabios; el nuncio del Papa, monseñor Saccorini, el limosnero del emperador, el señor Haussman, prefecto del Sena, y los consejeros de la prefectura; Pietri, prefecto de policía y su secretario general, Schaeider, vicepresidente del cuerpo legislativo; los oficiales superiores de todas armas, entre los cuales se contaban el mariscal Magnan, el general Soumain, comandante de

la plaza de París, el general Casteljac, el de división Bougnet y el duque de Bassoun, gran chambelán del emperador, etc.

El coro se hallaba ocupado por el clero que oficiaba, los canónigos prebendados y capitulares del clero de París, los curas, limosneros y vicarios de la diócesis y los directores del gran Seminario diocesano y los demás de París.—A derecha é izquierda del cruce-ro se hallaban en traje de gala las diputaciones del Senado, del cuerpo legislativo, del Consejo de Estado y muchos ministros, y delante del catafalco los vocales del tribunal de *Cassation*, del Instituto, de la Sorbona, del colegio de Francia, etc.

A las diez llegó el cortejo á la plaza del Parvis-Notre-Dame; las tropas se colocaron á derecha é izquierda y desfilaron por el Petit-Pont.—El carro fúnebre se detuvo ante la puerta principal: el cabildo metropolitano precedido de su cruz y acompañado de los canónigos y curas de la diócesis, salió á recibir el túmulo que fué colocado en seguida sobre el catafalco. En este punto, la artillería que se hallaba situada detrás del jardín del arzobispo, hizo una salva de ciento un cañonazos.

El público invadió la iglesia, y algunos instantes después principió la misa, que terminó á las once y media, repitiéndose otra salva de artillería. Retiráronse todas las diputaciones y los dignatarios, permitiéndose al público circular por la iglesia, donde quedó espuesto el cadáver del Rdo. prelado hasta las tres de la tarde, en cuya hora se cantaron unas vísperas de difuntos por el clero capitular.

Tan luego como concluyan las ceremonias que están verificando los Obispos de Meaux, Orleans, Versalles

y Chartres, será colocado el cadáver del arzobispo en el panteón de los arzobispos de Paris.—El sepulcro destinado á recibir los restos mortales del señor de Sibour, se halla situado á la entrada del coro de la iglesia metropolitana, al cual se desciende por una puerta practicada en uno de los lados del coro, el de la sacristía. Hasta hoy no se han encerrado en él mas que cinco cadáveres; el del Sr. de Enigné, muerto despues de la revolución del 93; el del Sr. de Belloy, muerto en 1811; el del Sr. de Perigord, en 1821; el del Sr. de Quelen, en 1839, y el del Sr. Affre, asesinado en 1848.

Hé aquí lo que escriben de Paris al *Parlamento*.

«Hoy sábado han tenido lugar las exequias del tercer arzobispo de Paris (los tres seguidos) que ha muerto de un modo desgraciado, este y el anterior heridos traidoramente; y el primero habiendo pasado por la amargura de ver hollado su palacio y arrojadas al rio hasta las sagradas vestiduras, por el populacho ébrio y desenfrenado, que aquí como en Madrid, como en todas partes, añade la impiedad á la cobardía siempre que

no encuentra en la autoridad freno que le retenga.—Hoy, segun iba diciendo, á las ocho y cuarto de la mañana, los vicarios generales y los canónigos de esta catedral se han dirigido al palacio episcopal en busca del cadáver de Mons. Sibour. Al mismo tiempo los cuatro batallones nombrados, al mando de cuatro coroneles, marchaban hacia el mismo punto.—Despues de las ceremonias religiosas, el féretro ha sido colocado en el coche mortuario, y el cortejo fúnebre se puso en marcha. A pesar de lo frio y lluvioso del tiempo, una multitud considerable poblaba todas las calles del tránsito.—El ataúd estaba forrado de terciopelo morado, y una grande cruz blanca iba en lo alto del coche, en el que se veían á los lados las armas del difunto. Las tropas iban mandadas por un general de brigada.—Detrás del coche mortuario iban en otros varias personas de la familia del difunto, los individuos de diferentes sociedades y dignidades del imperio, el coche que usaba Mons., vacío, otro del emperador, con un ayudante de campo y un gentil-hombre y otro del principe Napoleon.—Muchas personas piadosas se arrodillaban al pasar el cuerpo de Mons. Sibour, y no pocas vertían lágrimas. Ha sido, les aseguro á Vds., un espectáculo triste é imponente.—

El cortejo ó procesion llegó á Nuestra Señora de Paris, á esta misma catedral en que Mons. casó al emperador con la entonces condesa de Teba, y en que no hace muchos meses bautizó con gran pompa al heredero del trono de Francia. — Una vez en la iglesia, fué colocado el ataúd sobre un catafalco y empezó el oficio, teniendo las cintas cuatro curas párrocos, que eran los de San Roque, San Esteban del Monte, Santa Valeria y San Agustin. — La casa del emperador estaba representada por el duque de Basano; la capilla imperial, por el primer limosnero y los capellanes. — La familia del arzobispo y numerosas diputaciones de todos los altos cuerpos del Estado ocupaban sitios reservados al lado del catafalco. Senadores, diputados, consejeros, mariscales de Francia, generales de mar y tierra, individuos del instituto, magistrados de los tribunales supremos, rector y profesores de la Universidad. También estaban el nuncio apostólico, el caballero de honor de la princesa Matilde y otros en representacion de la casa de S. A. I. el príncipe Gerónimo. — Mandaron diputaciones todas las congregaciones eclesiásticas ó religiosas de hombres y mugeres que existen en la diócesis de Paris. — Las sociedades de artistas, presididas por el baron Taylor, la de pintores, la de escultores, arquitectos, grabadores, inventores industriales, artistas dramáticos, literatos y otras habian acudido tambien. — Al empezar la misa, al alzar y al concluir se hizo salva de cinco cañonazos. — Toda la clerecía desfiló despues por delante del cadáver, rociándolo con agua bendita. — Las cinco absoluciones que prescribe

el rito pontifical sobre la tumba de un obispo, las hicieron los de Meaux, Chartres, Versalles y Orleans; el de Blois no pudo acudir por estar enfermo.

— El cadáver de Monseñor quedó expuesto todo el dia. A las tres cantó el capítulo la vigilia de difuntos: despues bajaron el cadáver al panteon de los arzobispos de Paris. — No será fuera de propósito el citar aqui una asercion de la dichosa *Estafette*, que en uno de sus continuos articulos contra el gobierno español, decia estos dias «que el porvenir de España es fatal, porque su corresponsal cree que en la península volverá á haber frailes:» y lo chistoso es que la *Estafette* está ciega para no ver que en Francia no tienen que volver porque los hay ya: y si lo duda, que lea *Le Pays* de antea-yer, cuyo periódico indicaba cómo irian en el entierro las órdenes religiosas, contándose entre otras, la casa de estudios mayores de carmelitas, los padres dominicos, los del oratorio, los de la misericordia, las misiones extranjeras, los capuchinos, la compañía de Jesus, el noviciado de hermanos, de las escuelas cristianas, los hermanos de San Juan de Dios, y los limosneros de comunidades, religiosas, colegios, hospitales, hospicios y cárceles.

— Tranquilícese la *Estafette*, que de aquí hasta que se reúnan en Madrid tantas comunidades, tiene ella tiempo de adquirir lo que le falta; buena fé y juicio.»